

DONDE DUERMEN LAS SOMBRAS

La puerta no se abre. La llave gira, pero algo la bloquea desde dentro. Hay silencio. Luego, un golpe seco. Otro. Y entonces, la voz. Aguda. Desesperada. Una voz infantil.

—¡Ayúdame! Estoy atrapada en Nunca Jamás...

**

Wendy llevaba tres semanas trabajando en el Hotel Jolly Roger, un edificio antiguo reformado con gusto, pero con rincones que olían a humedad y a historias contadas por el viento. Era su primer empleo como recepcionista nocturna. Le gustaba la calma de la madrugada, el murmullo lejano del ascensor, el sonido de las olas rompiendo contra el acantilado.

La noche del 23 de junio, el hotel estaba casi vacío. Solo cinco habitaciones ocupadas.

A las dos de la mañana, Wendy estaba revisando los registros cuando vio algo extraño en la pantalla de seguridad: la puerta de la habitación 1904 se abría sola. Nadie salía. Nadie entraba. Solo se abría... y se cerraba.

Miró la lista de huéspedes. La habitación 1904 estaba vacía. Sin reservas desde hacía años. De hecho, el sistema la marcaba como "inhabilitada por mantenimiento". Sin embargo, allí estaba, moviéndose.

Wendy llamó al gerente. No respondió. Llamó al vigilante. Tampoco. Decidió subir ella misma.

El pasillo del piso 19 estaba en penumbra. Las luces automáticas no se encendían. Al llegar a la puerta de la habitación 1904, la vio entreabierta. Empujó con cuidado. Dentro todo estaba en orden: la cama hecha, la ventana cerrada y el aire inmóvil, como si se hubiera detenido el tiempo. Sobre la almohada había una nota escrita a mano: "No abras el armario, sin importar lo que escuches. Nunca Jamás es más grande por dentro."

Wendy retrocedió. ¿Una broma? ¿Un huésped que se coló? Iba a marcharse cuando oyó un golpe dentro del armario. Luego otro. Y una voz. Susurrante. Infantil.

—¿Puedes abrirme? He perdido mi polvo de hada... y mi sombra me ha dejado atrás.

La voz no sonaba humana, ni completamente viva.

Wendy bajó corriendo. Llamó al gerente. Esta vez, el Señor Barrie respondió. Le explicó que la habitación 1904 estaba cerrada desde hacía años, desde que un niño desapareció sin dejar rastro. Un niño que decía venir de un lugar sin relojes, una isla donde nadie crece nunca. Decía llamarse Peter. Nadie supo cómo entró. Nadie lo vio salir. Solo encontraron su sombra, extendida en la pared como si se riera sola.

Wendy no volvió a subir esa noche.

Al día siguiente, la señora de la habitación 1902 bajó a recepción, pálida, temblando.

—Anoche... alguien golpeó la pared. Una voz de niño me pidió ayuda. Decía que estaba atrapado en el armario...y que si el sol lo alcanzaba... empezaría a crecer.

**

Dos días después, Wendy pidió revisar los archivos antiguos del hotel. Encontró una carpeta sin etiquetar. Dentro, una fotografía en blanco y negro: un niño pelirrojo frente a la habitación 1904. A su lado, una sombra demasiado grande. Detrás de ambos, algo en la pared brillando como una chispa al borde de apagarse.

Había también una carta escrita por una antigua empleada del hotel: “El niño no estaba solo. Venía con un hada fragmentada y una sombra furiosa. La sombra quiere un cuerpo nuevo. Él solo quiere no crecer jamás. Volverán cada 27 de junio. Ese día nadie debería estar en la habitación 1904.”

**

Wendy no tuvo un sueño tranquilo ese día. Soñó con una voz que le susurraba una dirección ridícula: “Segunda estrella a la derecha... y todo recto hasta el amanecer”. Con vuelos imposibles. Con un barco perdido en la niebla, un capitán de mano enguantada golpeando una mesa y un brillo metálico parecido a un garfio.

Despertó con un latido extraño en su interior: un tic-tac, como si alguien la llamara desde el piso 19.

Al llegar al hotel, subió. Esta vez, la puerta estaba cerrada. La llave no giraba. Golpeó. Silencio. Golpeó otra vez. Y entonces lo escuchó:

—Wendy... ven conmigo. No tienes por qué crecer.

La voz era dulce, dolorosamente dulce.

**

A las siete de la mañana, el gerente llegó al hotel para el turno de mañana. Wendy no estaba en la recepción. Su chaqueta seguía colgada. El ordenador encendido. Pero ella había desaparecido.

Revisó las cámaras. Vio a Wendy subir al piso 19. Vio la puerta de la habitación 1904 abrirse... y cerrarse detrás de ella.

Subió él mismo. La puerta estaba cerrada. Intentó abrirla. La llave giró, pero algo la bloqueaba desde dentro.

Golpeó. Silencio. Golpeó otra vez. Entonces, una voz. Aguda. Desesperada, como de un niño perdido.

—¡Ayúdame! ¡Por favor! Estoy atrapada en Nunca Jamás...

No era la voz de una persona adulta. Era la de una niña.

De pronto, la puerta se abrió sola. Dentro, sobre la cama, había una foto. Una nueva. Una niña idéntica a Wendy, de pie frente a la habitación 1904. A su lado, un niño pelirrojo. Detrás de ambos, una sombra enorme, casi feliz. Y una chispa diminuta sobre el hombro de Wendy, como un brillo cansado.

En el suelo, una nota escrita con letra temblorosa: "Ya tengo un cuerpo nuevo. Ella no crecerá. Wendy será niña para siempre con nosotros."